

Crónicas del de mundo II

ROBERTO BAÑUELAS

El editor propuso al poeta que se hiciera tomar una fotografía de perfil, con sombrero de fieltro, traje planchado, corbata casi de plastrón, el mentón apoyado sobre la mano izquierda (la misma que había levantado y agitado como puño en las manifestaciones de protesta contra el capitalismo salvaje y depredador).

–Salió usted muy bien, maestro –dijo el fotógrafo, complacido de aquella efigie que iría en la contraportada de Flores carnívoras y otros poemas.

Cuando el poeta disidente regresó del exilio, los poetas que habían publicado rimas inocuas de sometimiento burocrático, le ofrecieron un banquete de bienvenida. En la fotografía del homenaje, en torno de una alargada mesa de restaurante clasemediero, la mitad de ellos de pie, atrás de los que están sentados, todos con el inicio de una sonrisa que a nada compromete, esperan la orden para iniciar la exaltación del espíritu y del estómago.

Las tres bailarinas reproducen y repiten las evoluciones, desplazamientos y saltos, todos acompañados de gracia y levedad. En algún momento de la anhelada perfección, el tiempo quiere detenerse para sentirse a sí mismo en la vibración del movimiento y de la forma.

Unas mujeres surcen ropa vieja y otras bordan flores que no se marchitarán. En la tarde que se va, todas suspiran contra la suma de otro día que se acumula en la cuenta de su soltería.

Los pintores de tres generaciones plasmaron en retratos disímbolos la evolución creadora y la decadencia física del poeta más celebrado del reino. Queda, así, el sinuoso

camino de la juventud –proyectado en sueños– y las ruinas acumuladas de un monumento contemplativo.

“Compañeros – dijo el poeta–: no todo en la vida es la lucha para espantarse el hambre, sino llevarse a la mente y al corazón un pedazo de sueño por un mundo mejor.”

Esa noche estuvieron los payasos tan graciosos que, a su manera, también los leones, las cebras y el empresario rieron y celebraron otro raro festín de la alegría.

Los poetas se reúnen, comen, beben, intercambian elogios y libros, escritos para una sociedad prófuga de la alfabetización. No importa: hoy, entre brindis efusivos y palabras cálidas, la metáfora, el ditirambo y el homenaje compartido tienen su día de fiesta.

Antes de la batalla, el capitán de cada ejército celebró misa y elevó plegarias por el triunfo y la salvación.

A la mitad del combate, el único Dios ya no estaba entre los condenados a muerte y a la infernal sobrevivencia.

El hombre que no aspira a la sabiduría, se beneficia de la clasificación genérica de homo sapiens.

De la guitarra se escapa un acorde que busca generar un canto. En la otra habitación, del pincel escurre un ojo



Janet

que, ya plasmado y mirado al asombro de otra hora perdida, deja gotear una lágrima amarilla que llora por la nada tan mal comprendida. La bailarina de porcelana, sin decisión para un salto suicida, eterniza la continuidad de cada minuto en el espacio que la rodea.

La falta de reconocimiento a los méritos del poeta guardaba un vibrante paralelismo con la falta de parecido del retrato al óleo que un amigo pintor le regaló el día de sus cumpleaños con la longitud y el peso de medio siglo.

¡Aquí, directo a mi corazón, arqueros entusiastas de la incompreensión y la ignominia!

Cuando los héroes llegan a su definición de pétreos monumentos, ignorados por los viandantes y decorados por el bombardeo fecal de las palomas, hacen del silencio el testimonio acusatorio contra la ignorancia y la indiferencia de los portadores de una vacuidad existencial.

El poeta, vestido de luto por la muerte de una musa perfumada y marchita, rima el vaivén de su silla mecedora y cuenta las sílabas para ascender por la escalera de caracol de un soneto rebelde que tropieza en las consonancias desgastadas por el uso de plenilunios pensionados al otro lado del plafón de la contaminación. Con las cortinas corridas, busca en la penumbra la luz de la originalidad, cenáculo común donde los mediocres de bolsillo fuman contra el tedio y vociferan sandeces frente a un micrófono resignado. Al final de los catorce escalones, la puerta continúa cerrada.

El poeta mira con desilusión que la ignominia de algunos de sus personajes encarna en los grupos sociales sin tener que recurrir a la huidiza grandeza literaria.

El poeta pasa de ser un encantador de la bella serpiente a un profeta de la posible condenación. Hay un largo camino desde las fibras tensas del entusiasmo a los ecos sombríos del espectro doliente que busca más olvido que gloria.

Aquí, a este salón iluminado por el fulgor del día, llegará el poeta y cerrará los ojos para encontrar la diversa luz de otro mundo.

El payaso callejero, con toda la fuerza de su vacío interior, insiste en el redoble sobre el cuero del tambor para atraer la atención de los que prefieren su tristeza gratuita a pagar por unos girones de alegría profesional.

Al árbol caído del Paraíso se acercó la tribu nómada que peregrinaba en busca del pecado original y de algún valor compensatorio que pudiese tener el hecho de poseer para siempre una conciencia del dolor de vivir. Hombres y mujeres, solidarios con la plenitud del instante amoroso, dejaron su testimonio de lágrimas en el libro de visitas y coincidieron en aceptar el reto de la vida como la esperanza contra el sufrimiento y el terror de otra condenación.

El amor sigue siendo el camino y la meta de la redención. La envidia lo quiere todo, menos el dolor. Visitamos el presente y firmamos con el mismo nombre de ayer. Hay que comprender que somos más desconocidos que incomprendidos y que la visitante puntual es siempre la muerte aunque el sobreviviente rutinario haga chistes en los velatorios y diga que “no somos nada” aunque haya quien sea menos y se crea con más vida que el acoso nuestro de cada día porque nos sentimos fuertes gracias a la capacidad de creer amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

La expresión artística requiere tanta verdad e intensidad como la vida misma.

La felicidad es el producto abstracto que se hace publicidad como si fuese algo comestible en la rivalidad tangible entre el hambre y el hombre, judío errante de su propia vida con caminos inciertos en los que sí lograron triunfar algunos enemigos que no se obsesionaron con la meta de llegar a ser la revelación de otro profeta desempleado que, para ir sobreviviendo, asistía a las inauguraciones de exposiciones pictóricas, bautizos y fiestas donde se distribuía la bebida y el pienso que existo frente a los espejismos donde celebramos todos los aniversarios de ausencias. El buscador de sueños y el pescador de almas caminan, meditan, inquietan, duermen poco y tienen el apetito atrasado y acumulado para hacer frente a cualquier festín en que la gente llora de alegría, amotinada para celebrar otro ritual de vulgar acontecer. 🍷